

Miguel de Unamuno

A Salamanca

¡Alto soto de torres que al ponerse
tras las encinas que el celage esmaltan,
dora a los rayos de su lumbre el padre
sol de Castilla;

bosques de piedras que arrancó la Historia
a las entrañas de la tierra madre;
remanso de quietud, yo te bendigo,
mi Salamanca!

Miras a un lado, allende el Tormes lento,
de las encinas el follaje pardo,
cual el follaje de tu piedra, inmóvil,
denso y perenne.

Y de un lado, por la calva Armiña,
ondea el trigo, cual tu piedra de oro,
y entre los surcos al morir la tarde,
duerme el sosiego.

Duerme el sosiego, la esperanza duerme,
y otras cosechas y otras dulces tardes;
las horas al correr sobre la tierra
dejan su rastro.

Al pie de tus sillares, Salamanca,
de las cosechas del pensar tranquilo,
que año tras año maduró en tus aulas,
duerme el recuerdo.

Duerme el recuerdo, la esperanza duerme,
y es el tranquilo curso de tu vida,
como el crecer de las encinas, lento,
lento y seguro.

De entre tus piedras seculares, tumba
de remembranzas del ayer glorioso;
de entre tus piedras, recogió mi espíritu
fe, paz y fuerza.

En este patio, que se cierra al mundo
y con ruinoso crestería borda,
limpio celaje al pie de la fachada,
que de plateros

ostenta filigrana en la piedra;
en este austero patio cuando cede
el vocerío estudiantil susurra
voz de recuerdos.

En silencio Fray Luis quédase solo,
meditando de Job los infortunios
o paladeando en oración los dulces
nombres de Cristo.

Nombres de paz y amor, con que en la lucha
buscó confort, y arrogante luego,
a la brega volvióse amor cantando
paz y reposo.

La apacibilidad de tu vivienda
gustó, andariego soñador, Cervantes;
la voluntad le hechizaste, y quiso
volver a verte.

Volver a verte en el reposo quieta,
soñar contigo el sueño de la vida,
soñar la vida que perdura siempre
sin morir nunca.

Sueño de no morir es el que infundes
a los que beben de tu dulce calma,
sueño de no morir; ese que dicen
culto a la muerte.

Que en mí florezcan, cual en tí, robustas,
en flor perturbadora las entrañas,
y en ella estalle, con seguro toque,
visión del pueblo.

Levántense cual torres clamorosas
mis pensamientos en robusta fábrica,
y asiéntese en mi patria para siempre
la mi Quimera.

Pedernoso cual tú sea mi nombre,
de los tiempos la roña resistiendo,
y por encima al tráfago del mundo
resuene limpio.

Pregona eternidad tu alma de piedra
y amor de vida en tu regazo arraiga,
amor de vida eterna, y a su sombra
amor de amores.

En tus callejas que del sol nos guardan
y son cual surcos de tu campo urbano,
en tus callejas duermen los amores
más fugivos.

Amores que nacieron como nace
en los trigales amapola ardiente,
para morir antes de la hoz, dejando
fruto de sueños.

El dejo amargo del Dijesto hastioso,
junto a tus rejas se enjugaron muchos,
volviendo luego, corazón alegre,
a nuevo estudio.

De doctos labios recibieron ciencia,
más de otros labios, palpitantes, frescos,
bebieron del amor, fuente sin fondo,
sabiduría.

Luego, en las tristes aulas del estudio,
frías y oscuras, en sus duros bancos,
aquietaron sus pechos encendidos
en sed de vida.

Como en los troncos vivos de los árboles,
de las aulas así en los muertos troncos
grabó el amor por manos juveniles
su eterna empresa.

Sentencias no hallaréis del Triboniano,
del peripato no hallaréis doctrina,
ni aforismos de Hipócrates sutiles,
jugo de libros.

Allí Teresa, Soledad, Mercedes,
Carmen, Olaya, Concha, Blanca o Pura
nombres que fueron miel para los labios,
brasa en el pecho.

Así bajó los ojos la divisa
del amor, redentora del estudio,
y, cuando el maestro calla, aquellos bancos
dicen amores.

¡Oh, Salamanca, entre sus piedras de oro
aprendieron a amar los estudiantes,
mientras los campos que te ciñen daban
jugosos frutos!

Del corazón en las honduras, guardo
tu alma robusta; cuando ya me muera
guarda, dorada Salamanca mía,
tú mi recuerdo.

Y cuando el sol, al recostarse, encienda,
el oro secular que te recama,
con tu lenguaje, de lo eterno heraldo,
di tú qué he sido.